

Noventa Cuentos Desesperados.

Dedicado al sauce llorón
que habitaba en las afueras del C-XVI
de la facultad de Ciencias
de la UAM.

... a mi pasado.

Índice.

Blanco y Negro.

... porque Yo he vencido al mundo.

Eklampsis.

La pequeña lágrima.

La fábula del perro callejero feo, inútil y solitario.

Muerte de un sueño.

La Muerte y el Ciprés.

La vida.

Curiosidad.

Mi cuento de Navidad.

Sueño.

Conclusiones de la reclusión.

Estelas de lo vivido.

Anexo:

Escritos de pluma y amor.

Blanco y Negro.

Esta es la historia de un hombre de cuyo nombre no es necesario que me acuerde (ni que me olvide) pues no es nadie.

Es un nómada del ártico que no sabe en qué país vive - ¿y qué le importa a él? -, prácticamente tampoco sabe como se llama. Tampoco ha de importarle porque no es nadie y su nombre no habría de cambiar su esencia.

Es alto entre los de su raza, los ojos tienen la mirada de unos ojos marrones atentos al mundo, escrutando la blanca realidad que le rodea.

Es fuerte y de brazos anchos, sus manos son inmensas y suaves a pesar de la edad.

Vive solo en las montañas alejado de todo y el único contacto que tiene con la humanidad (él excluido) es una vez al año, cuando un cargamento de pieles de foca ha sido

terminado. Entonces baja a algún poblado de esquimales y entrega las pieles a cambio de cuerdas y unos papeles que no entiende para qué sirven y que siempre agradece como si fueran algo divino e idolatrable.

Apenas habla. No porque sea mudo, sino porque no quiere.

No le gusta.

Cuando, alguna vez, oye su voz, se asusta como si escuchase una llamada de ultratumba, se pone blanco y se queda quieto como si el mundo entero se estuviese derrumbando.

Espera unos segundos y sale corriendo lo más rápidamente posible sin detenerse hasta que ya no recuerda porqué corre.

A veces, se sienta en la nieve y escucha el mar; a las focas, y se queda extasiado viendo flotar al sol en las olas, en el horizonte, durante horas.

En otras ocasiones contempla el firmamento y musita algo para sus adentros que quizás sea una súplica o quizás sea un lamento.

No importa, y él lo sabe, porque no es nadie.

Hubo un tiempo en el que le seguía una pequeña foca a quien él había salvado de morir aplastada, a sus pocos días, por un alud. Le tenía cariño y le dedicaba sonrisas que parecían hacer creer que era feliz.

Nada más lejos de la realidad.

Jamás había sido feliz, pero como no lo sabía, tampoco había sido nunca infeliz.

Un día unos cazadores mataron de un tiro a su foca, mas él no lloró, ni maldijo, ni hizo otra cosa que sonreírle por última vez y huir corriendo porque a él le asustaba la *civilización* y, hasta cierto punto, con ello, la humanidad (él incluido).

Él caza focas, no a tiros, pero eso no importa, y está acostumbrado.

Alguna pesadilla lo atormenta en algunos sueños y él se asusta, no de la pesadilla, pues siempre es poco terrible para este hombre, sino de su otra persona, aquel en quien no tiene control; pero al fin lo olvida y sigue durmiendo.

Tiempo atrás él vivió en uno de esos poblados de esquimales y recuerda aún a sus padres y que tuvo a una mujer pero ya no importa porque todos han muerto.

Él sabe que él también morirá pero nunca piensa en ello; en realidad su vida o su muerte no modificarán mucho su situación: recordemos que no es nadie.

Su triste mirar se clava en el hielo con sus recuerdos y con su soledad.

Él no añora nada, tan solo se limita a recordar y, a veces, sólo unas pocas veces, a soñar.

Ahora está huyendo del hambre; un petrolero hundido ennegreció el mar y la muerte negra,

casi tan oscura y absorbente como él se la imagina, ha arrebatado sus focas hacia sí.

Intenta escapar pero no sabe de qué.

Camina hacia el interior donde el clima es más crudo y más inhóspito el terreno. Se aleja paulatinamente de sus focas y la melancolía le sigue dando fuerzas para sostenerse en pie.

Choca de frente con una tormenta de nieve y, cómo desafiándola, algo que es la primera vez en su vida que le ocurre, se revela en su timidez y su silencio imperturbable, hace algo que sabe que no tiene sentido: se introduce en el viento y lucha con él.

Gasta sus fuerzas y sigue luchando con la debilidad, lucha en el absurdo... y él lo sabe... sabe que va a morir; pero él no es nadie.

La tempestad amaina y allí queda el cadáver... nadie lo busca, a nadie le importa y todos se ven felices de estar aún vivos... pero él lo sabe, ellos... tampoco son nadie.

...porque Yo he vencido al mundo.

- ¡Muerto! – dijo ella – está muerto.

Aquello parecía realmente así. Había caído de un vigésimo tercer piso. Pero a ella le parecía extraño aquello pues no creyó que fuese a hacerlo.

Erik se había suicidado y ella lo sabía.

Hacía más de diecisiete años que Erik Alan Holmes III era estadounidense; como tantos otros esclavos de la fortuna se había visto obligado a nacer allí (lo cual no quiere decir que no le gustase serlo).

Vivía en Nueva York, más exactamente en Downing Street esquina a la calle Verrazano.

Como se puede suponer era hijo de emigrantes que ahora eran una *familia bien*.

Bueno, pero al fin y al cabo ¿qué importa eso?.

Ni su situación social ni económica van a decirnos qué le impulsó a suicidarse. Ni siquiera el que sea estadounidense puede apreciarse como una causa remota; en cualquier otro país habría, quizás, decidido lo mismo.

Había sido católico. Tampoco importó ni importaba.

Era solitario y tímido; posiblemente lo uno por lo otro y lo otro por lo uno. Esto era algo más decisivo pero tampoco concluyente (*si yo hubiese querido, no habría muerto así, pero preferí que él quisiese morir*).

Estaba desenamorado. Esto sí era concluyente. No sólo recién des-enamorado por el hecho de que ella le hubiese dejado sino en un sentido más amplio. Aburrido de luchar y combatir, nunca había sido muy fuerte ni tampoco valiente y la vida le vencía en todos sus frentes... al fin se buscó una perpetua aliada...

Ella era una bellísima italiana llena de vida. Sus ojos, vestidos de oliva, llenaban el sueño de Erik y también el sueño del otro. Sí, porque hay otro.

Ella se llama Diana y siempre lucía una sonrisa que delataba su felicidad.

En su intimidad, Erik estaba celoso de su alegría pero la quería y le gustaba verla así. Él, por el contrario, sufría profundas depresiones que ella no sofocaba y consolaba sino que arrasaba y arroyaba.

Erik era un chico especial. Su inteligencia y su retórica le hacían resultar irónico e incisivo a la vez que sutil y amargo cuando algo no le gustaba o le pedían su opinión sobre algo. Era temible y cruelmente sincero.

Con ella era distinto. Pisoteaba voluntariamente sus principios para intentar ser agradable.

No es que fuese insoportable, de hecho tenía muchos amigos, pero no quería creerlo. Le gustaba vivir sin obligaciones y por eso les trataba poco.

Él reconocía que era un cobarde, mas ya se había acostumbrado a oírsele decir a sí mismo y no le importaba. A veces intentaba justificarse su falta de valor pero si no lo conseguía no le preocupaba más que si lo lograba. Esto a ella le ponía nerviosa, furiosa, y quiso hacer por él lo que él no quería hacer (o no sabía como hacer).

Finalmente, ella conoció a otro y dejó a Erik. Lloró. Lloraron. Ella se consoló y Erik se suicidó.

Todo ha terminado. Ella sufre un profundo shock y un enorme e injustificado sentimiento de culpabilidad y se volverá loca porque *yo lo quiero*.

¿Qué quien soy yo? ... ¡¿Cómo se atreve?!
Es usted un osado. Yo soy Dios y hago con mis criaturas lo que quiero... (*¿o porqué el Gran Escritor quiere?*).

Eklampsis.

Muerte, Templo de La Muerte, infierno en vida.

A él he vuelto embrujado por sus aromas y empujado por el destino.

Mano dura tiene este señor destino. Tan pronto nos da como nos quita.

Qué estupidez, estoy harto de las metáforas, las odio por ser equívocas mas por ello las utilizo: Un equívoco puede explicar otro.

Mi mente, ahora es un campo sembrado de rosas. Al entrar otra vez en aqueste maldicho templo mortal explotaron las flores con tal virulencia que han destruido las tres cuartas partes de mi cielo que hasta entonces era tranquilo y estrellado... y ahora soy yo quién se ha estrellado con los cortantes trozos rígidos del cielo.

De cada rosa surgió un huevo y de cada huevo una flor. Flores terribles que me devoraban, que extraían la bilis de mis entrañas y que luego la defecaban sobre el fango.

Y las heces se amontonaban y cada montón fue un monstruo y cada monstruo tenía siete cabezas y cada cabeza dos lenguas viperinas. Tenían escamas y tres ojos saltones cubrían sus cabezas. Vomitaban sangre y su piel segregaba grasas cuyo hedor ni ellos soportaban. Entrelazaban sus cabezas al tiempo que entrecortados gritos proferían sus gargantas.

Y luego llegó el momento en que eran en número seiscientos sesenta y seis y el campo se había convertido en lo que es. Y parecían temibles y espantosos y no eran más que piedra que se reunió sobre una tumba formando El Templo de La Muerte.

Y la tumba se abrió y salieron por ella los cuatro jinetes y cabalgaron por el mundo y arruinaron los imperios y venció el poder de la lujuria y el Templo embrujó a todos los seres y todos fueron a Él y entraron y las paredes comenzaron a cerrarse como si las monstruosas rocas hubiesen abierto su sanguinolento apetito.

El miedo en el interior era tan grande que aún no se han atrevido a gritar.

Tan solo, y no se sabe bien porqué, un mocoso
está en la puerta sin poder entrar.

El no sabe si quiere o no hacerlo y, aunque
está aterrorizado por los cuatro apocalípticos,
todavía no ha desfallecido y grita pidiendo
ayuda, pero no le oyen, no le pueden oír
porque no queda ya nadie.

La pequeña lágrima.

Era ya tarde. Hacía ya horas que había caído el sol en su letargo y, con él, la vivaracha luminosidad de una alegre tarde de un verano cualquiera en un alegre país mediterráneo.

La noche era cerrada y las estrellas, claras; no había luna (o no se podía ver, que es lo mismo) y en un llano el cielo habría parecido ser la clásica cúpula plácida y estática de los antiguos sabios.

No, no es Grecia de lo que hablo, ni tampoco me encontraba frente al cálido mar.

Era un día, quizá de diario, como otro cualquiera en los que, quizá por la escasa animación, quizá por el calor bochornoso, o quizá solamente por una elección, se suele gastar el tiempo en rememorar los recuerdos, tristes o alegres.

Quizá vuelve a la mente la imagen, perdida hace años, del primer amor, de ese amor pueril e inocente que ahora no se puede ya entender. Otros amores, otros recuerdos, resurgen como por diabólico psicosomático encantamiento de entre las densas tinieblas del olvido.

El tiempo en la obscuridad ha ido puliendo sus perfiles y la imagen se vuelve tosca y poco clara y distinta.

En ocasiones, se desdibuja lentamente y se evapora, aunque tratemos, conscientemente quizá, de retenerla, de buscarla; no hay remedio; en esta parte del alma no gobierna interés ni razón.

A veces, tratamos groseramente delicados recuerdos como si nos avergonzásemos de ellos y si nos damos cuenta, quizás nos arrepintamos.

Pero uno de estos días (o de estas noches) en los que el calor causa cansancio, uno de estos días vacíos, sin causa ni fin, uno de estos días absurdos y sin sentido, con demasiado tiempo, quizá, para extraer de la niebla las sombras del pasado, uno de estos días cualquiera, puede ocurrir que la memoria se estanque, como si no quisiese caminar, vagar, por sus archivos, cansada por el pesado clima de una tarde cualquiera en un país cualquiera del Mediterráneo en verano, pues puede ocurrir (*insisto*) que tenga ante sí tan sólo un evento,

tan sólo la obsesión de recuperar una única sombra: volverla a ver, volverla a sentir y pensar, prácticamente, volverla a vivir.

No tiene sentido ni finalidad, pero ¿acaso algo lo tiene?.

Quizá el sabor dulce de aquello que ocurrió (o quizá no ocurrió nunca, pero fue pensado o deseado) pueda alegrar, sustituyendo aquel sol brillante y dorado, redondo y plano como una hoja llena de luz que sólo existe en el mundo donde nació el mundo, quizá alegre la noche estrellada de un infeliz cualquiera en un verano cualquiera.

Mas, cuando la amargura de algo, las más de las veces próximo en el tiempo, ocupa por completo nuestra memoria, nuestra mente toda, quizá...

¿Qué sentido tiene?. ¿Cabe suponer que es mero instinto psicomasoquista?.

Quizá sí; o quizá no. Es lo mismo. ¿Para qué preguntarse cuál es la causa?. Va a seguir ocurriendo (y triste el día en que no sea así) que la mente o la memoria o la voluntad (preconciencia, conciencia,...) o lo que sea, se paraliza y entristece ante un recuerdo que, a veces, sólo a veces, querríamos haber olvidado.

Pero, de todos modos, seguro que quisiésemos que hubiese sucedido de otra forma, que se hubiese desarrollado más felizmente o,

simplemente, que lo que ocurrió no hubiera ocurrido.

Y, ¡ay! cuándo se trata del último desamor, del último desengaño y desencanto, cuando un creyente es convencido de repente y sin lugar a dudas al cruel ateísmo, ¡qué solo se encuentra!, desesperado, triste y, sobre todo y lo que más le atormenta, solo.

Quizá en otra región del esférico hubiese ocurrido lo mismo... o quizá no.

Un hombre en el alboroto de una plaza de una fiesta cualquiera (cualquiera el hombre, cualquiera la plaza y cualquiera la fiesta) en un verano cualquiera en una noche de chisporroteante firmamento azul oscuro rodeado de gentes desenfadadas y alegres - que no digo felices -, puede estar solo y, quizá necesite estarlo y necesite recabar en su memoria otro perfil más o menos amargo de su amargo recuerdo de amor.

Quizá este hombre esté llegando demasiado lejos con su espíritu kafkiano, su tendencia a la actuación melodramática y su constante desprecio por la existencia; que, por otro lado, quizá no le abandone (la fortuna) tantas veces como él cree (o cree que cree, que es lo mismo).

¿Qué puede hacer?.

No sabe.

Quizá no tenga solución. Quizá acabe muriendo como él elija. Yo lo dudo: es de los típicos personajes que tiene el valor de ser sincero consigo mismo y sabe que se asusta de morir sin haber vivido.

A falta de tantas respuestas, frunce el ceño, baja la mirada al suelo, apoya su frente en el puño y una gota de agua salada (la protagonista de esta historia) escapa sin autorización y rueda veloz por el gesto arrugado, yendo a caer sobre la pierna del entristecido pensador que no sabe qué hacer.

La fábula del perro callejero feo inútil y solitario.

Una patada.
¡Vaya saludo!

Bueno, ya se ha acostumbrado. Nadie se ha quejado. A nadie importa y a nadie duele una patada dada a un perro callejero.

Aquel borracho tenía quizás menos cerebro que él pero por su condición (*¿de humano o de borracho?*) se permitía el golpearle.

Bueno, él ya está acostumbrado. No es que no le duela; él no muestra signos de dolor pero sí de miedo. Ni él entiende qué puede temer, pero mete su rabo entre las patas, agacha las orejas y, mirando de reojo, intenta prevenirse contra algo que presiente. No se equivoca. Otra patada. Tampoco ésta pudo evitarla.

Se va lejos corriendo y sin mirar atrás, sabe que así evitará las siguientes.

Rony, que así lo llamaron sus primeros y únicos dueños, cuando está triste se tumba en un rincón, cuanto más oscuro, mejor, recordando los años en los que él había sido la diversión de niños malcriados... ¡al menos era útil para alguien! solía decirse.

Aquellos le habían apartado de su madre.

Meses después hubieron de abandonarle.

Escapó de la perrera en la que le habían dejado sin saber qué iba a encontrar...

No es que se arrepienta, de hecho volvió a hacerlo cuando lo capturaron una segunda vez.

No es feliz siendo libre. Está solo. Es inútil porque es cojo y es tan feo que los más amables de los viandantes apartan la vista de él con un “¡puag!” que le deprime y que, incluso, en gran medida, agradece más que cuando le escupen al cruzarse con él o le arrojan piedras (los dulces niños) o le dan patadas...

A veces sueña encontrar unos amos que lo quieran tal como es... y acaba despertándole una pelea de gatos en las que nunca se entromete, contra su instinto, para no acabar lleno de arañazos; además, nadie le cuidaría.

También se entristece cuando se topa con uno de esos comúnmente llamados *piadosos*...

“¡Vaya!”, se dice, “¡otro farsante! Necesita más él dar que yo recibir”

Entonces se acuerda de aquella ocasión en que le atropelló un coche. El dueño y conductor se apeó y, recogiénolo, lo llevó al hospital canino del que se escapó en cuanto pudo.

“¡Ja! Si no hubiera sido él el que me atropelló, que seguro que estoy”, parecía pensar, “de que habría pasado de largo o se habría detenido por simple y morbosa curiosidad”

De ahí viene su cojera y su formidable precaución para con los coches.

Ahora acaba de chocar contra uno de esos que abundan, con uno de esos “generosos” que le da un pedazo de carne que Rony no está en condiciones de rechazar; se ve en la obligación moral de hacer algo que pueda agradar a aquel. Cree saber que se lo dio precisamente para ello.

Este no le mira y Rony queda, comiendo, pensativo.

“Creerá que me ha engañado; yo me río, cree que es realmente desinteresado, este sí que era buen embustero... si yo no supiera que necesita puntos para subir al cielo...”

La verdadera generosidad estriba, para Rony, en que le den algo que no quieren darle. Que le den algo en la absurdidad de esa contradicción. Le gustaría, por ejemplo, que al robar una tienda, el dueño, que no tenía previsto prescindir voluntariamente de esa pieza, no se enfureciese; sería como una donación

involuntaria. ¡No que, una vez robado, el dueño lo aceptase!

Ha de quedar entre el robo y la hipocresía sin caer a ningún lado, esto es, en la afilada hoja del absurdo.

A este perro nunca le pasó nada parecido y no conoce ningún otro al que sí le halla sucedido.

Desde luego, Rony no vive de las hipócritas y contadísimas donaciones pues es tan feo que son escasas y célebres las ocasiones en que ha recibido algo “desinteresadamente”.

Come lo que encuentra en los cubos de basura de los que es capaz de extraer auténticos manjares.

“¡Hay que ver!”, exclama relamiéndose, “si esto es lo que tiran, ¿qué será lo que coman?”

El frío, cada invierno, viene a visitarle y le va trayendo fragmentos de su muerte lenta.

Quizá ese llegue a ser el final de esta historia pero ¿a quién le importa?.

A nadie le duele la muerte de un perro callejero, feo, inútil y solitario.

(Una patada: la muerte, “¡vaya despedida!”. Bueno, él ya está acostumbrado.)

Moraleja:

Cuando veas a un perro callejero, feo, inútil y solitario, no te acerques a él porque sea como fuere le dañarás si lo haces.

Muerte de un sueño.

Soñando, mi mente cayó en el paraíso
disfrazado de aldea mediterránea.

Encaladas las paredes, el sol brillante en ellas.
Blancas. El cielo azul, cómo el mar y la espuma
de las olas doradas.

Las calles, anchas, el campo, fértil y la gente,
toda, feliz y alegre.

Nadie lloraba. Todos comían.

Las risas de los muchachos alegraban el alma
cansada de los ancianos. Las jóvenes
coqueteaban y ellos les regalaban los oídos
con palabras de amor. Todos eran felices.
Todos amaban.

El olor de rosas frescas embriagaba el cálido
ambiente.

Esta singular armonía, ese equilibrio, esa
belleza sin parangón y esa justicia justa eran

especialmente atractivas para alguien que, cómo yo, no creía que pudiesen existir.

Era todo tan claro, tan distinto; se distinguían tan nítidamente los contornos de la certidumbre, que mi mente y mi agnosticismo fueron aceptando que aquello era la verdad de la que no se podía dudar.

Soñé entonces que yo también era feliz, que mis dudas eran una pesadilla que debía olvidar, que tenía esperanzas y deseos que se iban convirtiendo en realidad.

Soñé que una sirena bonita como las estrellas se enamoró de mí, y yo de ella (*¿cómo no?*).

Viví en la más absoluta felicidad, pleno gozo, en el más bello sueño y comprendí que sin ella no tendría sentido mi vida (*pero ¿antes lo tenía?*) y que estaba obligado a seguir junto a ella.

Nos sumergimos en su mar de aguas tranquilas y nos fuimos alejando de la luz.

Profundizamos cada vez más, acercándonos al infinito.

Ella sonreía y me miraba.

Íbamos agarrados, cómo adolescentes, de la mano, riendo pletóricos de dicha y placer mientras continuábamos aproximándonos a la última esfera.

Entonces la miré e, inocentemente, le pregunté:
- ¿Para qué sirve la felicidad?

Y el mar se secó y vi que era un desierto. Y el sol se apagó y las tinieblas cubrieron el pueblo. Y la gente toda se cubrió de angustias. Y dolor. Y soledad. Y se murió el campo y pasaron hambre.

Desapareció mi sirenita y yo...

me desperté.

La muerte y el ciprés.

Está allí, en el cementerio, como si contemplase desde las alturas. Soberbio, altivo, arrogante.

Nadie logra recordar desde cuando está allí y nadie imagina nunca cuánto durará.

Esta mañana se fijó en él un muchacho y comenzó a hacer un boceto y lo dibujó.

Corre la leyenda de que nació sobre la tumba de un cristiano arrepentido (de serlo) que no quiso ser enterrado, como intento de escapar del mundo subterráneo.

Otros dicen que la semilla germinó gracias al calor del abrazo de dos enamorados enterrados juntos.

La verdad es que la única materia orgánica bajo el suelo del ciprés proviene de su raíz.

Esto lo sé porque años atrás un científico se interesó en demostrarlo y cavó alrededor del árbol sin hallar nada.

Le expulsaron del pueblo y dijeron que no decía más que mentiras, que no profundizó lo suficiente, que aquello, en fin, era prácticamente una cuestión de fe.

Aquel joven pintor aún ni ha acabado pero decide esperar a la luz rosada del atardecer para culminar su obra. También me contó, mi amigo el científico, que aquel árbol hablaba y él no supo explicárselo.

A ello le dijeron en el pueblo que probablemente lo que le pareció un susurro fuera no más que la brisa y el crujir de las hojas...

- ¡Chico! - dijo, al fin, atrayendo la atención de su retratante - necesito tu ayuda.

- ¿Quién me habla? - preguntó tartamudeando asustado y reacio, por supuesto, a creer que fuese el árbol - ¿Dónde estás?

- Soy yo, sí, yo, el ciprés. Se acerca una tempestad de viento y...

- ¿Quién es? - interrumpió el mozalbete, muy nervioso y prevenido - Déjense de bromas... Son siempre de mal gusto en un cementerio.

El joven buscaba y buscaba a alguien pero no habría tenido sitio dónde ocultarse; de vez en cuando, miraba de reojo el ciprés y, poco a

poco, se fue convenciendo. De repente miró de frente al árbol, tragó saliva y preguntó:

- ¿Qué quieres?

- Yo ya estoy muy seco y el torrente huracanado que vendrá me arroyaría pues mi flexibilidad ya no es lo que fue y me quebraría. Hablaba pausadamente, con interrupciones, pero quién atendía cuidadosamente a su voz, le escuchaba clara y distintamente.

- Necesito que me ates con una soga al suelo y que...

- ¿Y porqué había de hacer yo eso?

- Pues... en realidad, no es una obligación.

- ¿Entonces?

- Pero a ti te gusta pintar y yo soy buen modelo, ¿no te parece?

- También me gustaría pintarte arrancado del suelo, sería realmente una obra maestra, por su dramático, trágico aspecto.

- Yo pensé...

- Incluso creo que me quedaré a ver cómo sucede. Puede que obtenga alguna buena idea.

- ¡No!, no lo hagas. Será peligroso.

- Viejo estúpido, ¿crees que podrías engañarme tan fácilmente?

- No te engaño. Es el viento de la Muerte que todos los años me castiga y me hace pagar por vivir en su reino.

- Bueno, pues si otros años no has muerto, quizás tampoco este año sea el preciso, ¿no crees?

- Sé que lo es.

- Entonces, no te preocupes, no puedo hacer nada. Tú lo has dicho.

- Pero...

- ¡Bah! Olvídame.

Allí quedaron los dos. Era tarde y el cuadro apacible del ciprés y el atardecer fue concluido.

Lentamente se fue moviendo más rápidamente el aire y, a rachas, el tronco se iba arqueando mientras el pintor recogía sin parar detalles en su carpeta; en una ocasión, hubo de asirse al tronco del ciprés para no ser arrastrado. Entonces, se asustó y miró al árbol como arrepentido... pero sólo era miedo lo que había en su corazón y en su mirada.

El huracán arreciaba cada vez más fuertemente.

La noche se cerró obscureciéndose densamente... sobrenaturalmente.

De por sí es temible pasar una noche en un cementerio pero aquella noche lo era aún más porque ambos sabían que era la misma Muerte la que manejaba el viento, la que acechaba en la oscuridad...

...era la Oscuridad.

El muchacho oyó un crujido y lloró, arrebatado su ánimo por el pánico pensando que llegaría su final.

- No te preocupes- dijo el ciprés –esta Muerte es mía.

Dicho esto, se quebró.

El viento violento arrancaba las ramas del rudo ciprés; sin mover siquiera al joven pintor...

La Muerte le necesitaba como testigo... La Muerte necesita vida para existir o, incluso La Muerte, moriría.

La vida.

Estaba allí, en el marco calcáreo de la ventana de aluminio de mi cuarto, cuando me levanté a levantar la persiana esta mañana. Y ahí sigue, en mi mente de donde no lo podré quitar.

Tampoco me fue fácil retirarlo a la bolsa de basura más cercana.

Sentía aversión viendo aquel pájaro muerto en mi ventana.

No era, ni mucho menos, compasión, era asco, sólo eso.

No creo que nadie pudiese sentirse enternecido con tan vomitivo panorama.

La humedad había podrido las plumas más cortas de ese estúpido volandero y se podían entrever sus costillas y sus entrañas, que parecían algo hinchadas.

Había sido un gorrión de plumaje marrón, aunque aún le quedaba una pelusa gris a los lados de las alas, lo cual indicaba que lo suficientemente joven como para no tener la fuerza necesaria para combatir la tormenta de la noche pasada.

Fue una tormenta terrible, mis perros se escondían asustados en su caseta de madera y, a cada trueno, se les oía gemir y arañar el suelo, lo que podía ponerme muy nervioso.

El cuello torcido y las plumas del cráneo manchadas de sangre seca. No se veían sus ojos que debían de estar incrustados en su cabeza o, simplemente, devorados por necrófagos. Su pico, sucio, no sé de qué (algo indescriptible).

Empezó a llover y las fieras ladraban sin parar tras cada relámpago que iluminaba todos los rincones de su lóbrego refugio.

También goteaba esta mañana y sólo se movía, ondulante, una pluma, gris, bajo su ala, la única pluma bajo su única ala visible.

La otra estaba plegada bajo su cuerpo que empezaba a estar mojado.

La larga cola parecía disecada e intacta pero tenía el color mate y triste de la muerte. Su pata, también estirada como su cola, daba aspecto de fragilidad y desecación y yo no

paraba de pensarme sujetando el quebradizo pájaro firme, huesudo, indigno y asqueroso, mirándolo con una horrible expresión de inconformismo y asco; sólo asco.

...por el velatorio de mi abuela.

Curiosidad.

Solo. Estático frente al marco de la puerta grande de aquel caserón semiderruido. Arañaba la pintura de las paredes y triste la luz entraba por las rendijas de las contraventanas entornadas. La grieta del techo atravesaba todo el rústico y antiguo recibidor lleno de aperos de labranza en escarpias oxidadas. Telas bien tejidas de arañas deshabitadas en los vértices de la antesala húmeda, cálida y meridional de esa casa campesina de un pueblo blanco y sobrio y triste cómo las lágrimas amargo, yerto, fantasmal.

Los muertos, allí enterrados, respiran al son de la brisa de las montañas y guardan el silencio sepulcral que les corresponde.

Llora en abril la lluvia sobre los trigales yermos
y los tejados rojos y los portales desiertos.
Y los sueños rotos y el sudor padecido y el
hambre obligada y el orgullo arrasado y la
muerte asestada... y la vida... la vida, triste.

Todo pasa, mas aquí todo pasó.

Contemplando este pasado sé que no soy nada
y nada será mi padecer de niño estúpido bien
criado desde mi estúpida niñez.

No sabía que hacer.

Yo mismo había conocido por primera vez a
Virwy hacía unos meses y, sin embargo, no
logro entender porqué lo hizo.
Él pudo impedir que aquel azadón borrara su
existencia. Claro, nadie sabe lo que es Virwy.
Este pequeño ser se movía a velocidades
ultrasónicas. Era compacto, como de madera
de pino, pero con vida. Parecía un tablón,
bueno, más bien una tablilla, del tamaño de
media suela que no tenía gesto, ni expresión
pues no tenía cara ni nada que se le
asemejase pero daba la impresión de estar
alegre; aunque cualquier otro ser hubiese
resultado alegre en ese escenario lúgubre y
fatalista.

Se alimentaba o abastecía, y he ahí lo más sorprendente de su naturaleza, de la energía cinética de las demás cosas o criaturas en movimiento a las que reducía su velocidad o incluso llegaba a detenerlas según su voluntad.

Sí, sí, Virwy, porque yo le llamé así, tiene voluntad. O tenía, pues ahora ya no es nada, sólo trozos de madera esparcidos en el suelo frío y sombrío bajo la mesa.

Estuvo horas y horas inmóvil esperando la hoja que le habría de segar, anhelando el fin de su larga vida en soledad, deseando dar término a su mentira, su existencia ficticia conocida. Su malestar, no siendo, era ridículo y temió caer en el absurdo.

Crujió la madera que unía la guillotina involuntaria con el clavo putrefacto. Violó el silencio un trueno y las contraventanas arrastradas por el soplo de los muertos luchaban contra la pared y rebotaban con violencia inusitada.

Fue allí cuando segaron a Virwy.

Aquel instrumento utilizado por ellos quemó su alma y serró su cuerpo y acabó todo, sin más, sin explicaciones y por eso aún hoy, yo, no lo entiendo.

Mi cuento de Navidad.

Nieve, blanca nieve bajo el sol, nieve pura de Diciembre en las montañas, nieve triste, nieve seria, nieve de hambre, de frío,... de muerte; nieve blanca y, bajo la nieve, sangre, sangre de todos los muertos, que vienen a recordarnos que estamos en Navidad.

Sangre de sufrimientos, fluida, caliente, roja y brillante; oscura, impenetrable, insondable, impensable, eterna y eternamente en cambio; ora movimiento ora desgarros, pero una, sólo una es.

Esta es la historia de un niño que la descubrió en toda su ocultación, en todo su tiempo.

Lucía una mañana de Navidad aunque todavía existían resquicios de la noche en el cielo y

regalos en el suelo, bajo el árbol, junto a la chimenea que mantenía aún ascuas encendidas, cuando vino de su cama nuestro joven protagonista a conocer el contenido de una preciosa caja de cartón azul que llevaba una inscripción en un lateral que rezaba literalmente: "De tu padre, en este día tan especial."

Su padre estaba lejos, muy lejos, desplazado de su hogar por su trabajo.

El paquete procedía de Hong-Kong y, con sellado de urgencia, había llegado la tarde pasada y Blanca lo había puesto junto a los otros.

El pequeño lo abrió dándole prioridad frente a aquellos, con nerviosismo, precipitadamente y dentro encontró otra caja (gris) que también destapó sin más tardar y... ¡era un brazo!

La emoción hizo chillar al chaval que no esperaba, como parece natural, algo así.

La sangre coagulada, el olor de la putrefacción y creer que aquella extremidad sería de su padre, contribuían a hacer temblar al espantado infante que, trémulo y lloroso, selló sus labios, cogió un cuchillo, salió a la nieve y

no quedó de él más que la sangre cálida que se hundía en el pálido soporte de su cuerpo inanimado.

Aquella misma mañana, una prestigiosa cadena de onda media irradiaba el siguiente comunicado: "Detenido el bromista que había enviado hasta el momento casi ciento cincuenta brazos sintéticos contruidos con silicona y..."

Demasiado tarde. Porque era demasiado pronto para morir así. No importa, quizá fuese también demasiado pronto para vivir. Así.

Sueño.

París 1939.

Luis y María eran dos jóvenes amantes exiliados de la guerra civil por motivos políticos. Vivían separados, cada uno con su familia, pero estaban cerca.

Luis frecuentaba a menudo el ático que ella habitaba y desde una ventana gris jugaban a defender el país tirando piedras e, incluso una vez, una maceta sobre todos los coches alemanes que veían aparcados en su calle.

María era una muchacha radiante, con un hermoso pelo rubio como el sol, unos ojos tristes verde oliva, una sonrisa cautivadora y sincera, unos pechos abundantes y suaves que a Luis le encantaba acariciar.

Por contra, de Luis era difícil sacar un aspecto sobresaliente; era un chico normal... demasiado normal.

Los sábados y domingos paseaban, entraban en algún café si el presupuesto lo permitía y solían acabar buscando un sitio tranquilo donde acariciarse con dulzura, como dos debutantes descubriendo la sinfonía del hombre y la mujer. A ella le gustaba y a él le gustaba que le gustase.

Eran felices más del setenta por ciento del tiempo. ¡Una barbaridad!.

Un domingo fueron invitados a una fiesta de etiqueta y, al entrar, ella vio a un joven alto, bien peinado, con un frac elegante y una camisa de seda blanca como la nieve que parecía iluminar sus alrededores y convertirlo en el centro de atención de las miradas de María quién, sin despedirse de Luis, fue a conocer a aquel apuesto galán.

Luis les miraba desde lejos, siguiendo sus pies, sin dejarse ver. Estaba celoso. Ellos parecían pasárselo tan bien...

Harto ya de hacer de detective tuvo tentaciones de emborracharse o, simplemente, marcharse, pero prefirió esperar en una habitación cerrada, en un rincón oscuro, acurrucado contra sus rodillas, con tan mala fortuna que a los quince minutos entraron María y su nuevo amor.

Luis estaba adormilado y no se enteró hasta que se despertó suavemente y vio en la

penumbra dos cuerpos que se besaban apasionadamente.

Las manos de él comenzaron a desnudarla, con paciencia, eróticamente lento, mientras ella le miraba complaciente y, desde luego, no hacía nada por evitar la pasión del joven que aumentaba a medida que María perdía ropa.

Le acariciaba los pechos con ternura y sus manos circunvalaron su cintura y pudo llegar a introducir el corazón de su derecha en su vagina y comenzó a excitarla.

Él no perdía ni por un momento su compostura ni su frialdad permaneciendo estático. Su mirada, fija en los párpados cerrados de María, era congelante y hasta parecía perversa.

Luis también en calma ni se enfurecía ni se excitaba... estaba como insensible y lo veía todo con claridad y lo distinguía objetivamente aunque quizás no lo entendía.

Entonces ya estaban haciendo el amor y ella lloraba de dolor y excitación desmedida y chillaba al compás del vaivén del cuerpo alemán.

Él era mecánico, robótico y continuaba sin ceder un ápice de sus nervios templados.

De pronto, una calma invadió sus actos.

El germánico llegaba al orgasmo, y María también.

Su baile se fue haciendo cadencioso, lento, suave, caliente...

Mi protagonista lloraba, de rabia y envidia. Nunca había sido capaz de excitar tanto a María. Seguía en su oscuro refugio que no le protegía, ni siquiera, de la verdad.

The End.

Se acabó, sí, se acabó.

Esta vez no ha muerto nadie (no han muerto todos). Peor para ellos.

Tenía pensado un final fácil, final feliz:

Él se alista en la segunda guerra mundial para matar alemanes y en cada alemán ve a aquel hermoso muchacho de aquella fiesta. Está obsesionado y su obsesión le convierte en un asesino que mata por placer hasta que una bomba le cae encima y, obviamente, muere.

Ella nunca vuelve a llorar, ni por él ni por nadie. Quizás se vuelve loca, quizás se prostituye por las calles de Marsella o, simplemente, se casa con un mediocre relojero alemán.

Del otro alemán nada más se supo.

Pero este es un estúpido y trágico final para un trágico y estúpido episodio en la vida de estúpidos tragicómicos que otro de ellos inventó.

Que cada cual busque su final: los hay rosas, grises, negros, verdes, blancos...

Conclusiones de la reclusión.

Aquel cementerio no era especial. Lloraban acá y allá gentes, los domingos, un cadáver más o menos olvidado en vida, cuando quizá fuese algo.

Eran las cinco en punto de la tarde, así lo había dispuesto el difunto. Un sacerdote protagonizaba la escena.

El día, alegre, no parecía compartir el sentimiento triste de los presentes, empero iba ocultando la luz tras los típicos cipreses dejando atravesar solamente unas lágrimas de sol que goteaban sobre el negro ataúd.

La ceremonia era íntima, o en vida pocos lo conocieron, pero los que asistían lloraban por el resto.

La fosa era tenebrosa y bien acabada, con ángulos perfectos y suelo plano, sin apenas

resquicio de raíces de los árboles más próximos.

Lentamente el féretro se introducía en su eterna morada y los atentos espectadores bajaban la mirada inclinando la cabeza, las más de las veces, sobre todo por parte femenina, cubierta con sombrero.

La tierra, reino de los muertos, comenzó a engullir aquella caja y a cerrarse a la vista de los vivos.

Cayeron dos ramos de rosas, algunos lirios; la gente se retiraba. Cinco minutos y nadie quedó; haciéndole compañía al muerto, la muerte y la soledad.

Resonó una corneta. (*¿Quién la oía?*). Se cerró el campo santo. (*¿Para qué?, los que están fuera no quieren entrar y los que están dentro no pueden salir*). Se oyeron las pisadas, sobre las hojas crujientes y heladas del viento que correteaba entre las copas esbeltas de los cipreses que allí seguían, vigilando a los muertos.

Debía de hacer un frío notable. (*¿Quién lo notaba?*). El suelo parecía sollozar como una madre la muerte de su hijo.

En las rocas se hincaban cuchillos de hielo y se apretaban las tablas del ataúd de pino.

A saber donde estarían las rosas y los lirios. Quizás los hubiese mudado el vigilante,

conviniendo que pudieran servir para otra ingrata ceremonia funeraria. (*¿A quién le importa?*).

Se fue cerrando la noche y acercábase la estrellada hora en que se cambia la fecha; mítico momento que atemoriza a todos en un cementerio... excepto a los muertos que, claro, siguen muertos.

Pasaron las doce, una tras otra, y nada pasó.

Pasaron otras, también, detrás de esta que, poco a poco, se iban llevando el tiempo de las estrellas.

Despuntaba ya el alba y el sol y la tierra lloraban lágrimas de rocío. Las tumbas absorbían la humedad precipitando la descomposición de los cadáveres.

Una gota fresca se condensó en el techo del ataúd y resbaló silenciosa hasta alcanzar el párpado suavemente cerrado del recién llegado.

Esta impresión dio en sacarle de su estado cataléptico y, despaciosamente, abrió los ojos sin que aquello modificase en absoluto su precedente situación: seguía ciego o viendo a la nada, que es lo mismo.

Tenía entumecidos los músculos y sentía un dolor agudo en la columna vertebral. Apenas si podía respirar pues la faja dispuesta para enaltecer su figura le oprimía los pulmones;

además, no era aire libre lo que sobraba en aquella pequeña caja.

Jadeó forzando la garganta y el pecho consiguió inhalar aire, lo que le hizo toser bruscamente y su cráneo, todavía con su peluquín color de nieve, botó contra las tablas y tomó, de repente, consciencia de su situación.

Al principio no podía entender dónde estaba, pero, poco a poco, fue engarzando la historia desde lo que él creía poder recordar.

A veces dudaba que aquello fuese real, que verdaderamente le hubiesen enterrado vivo, claro que ... ¿quién lo sabía?. No había sido premeditado. Aún es más, él dispuso, con cuidado exquisito, que todo fuese cómo, según él, había sido.

Estaba enterrado a dos metros de profundidad en el cementerio nuevo, no con sus antecesores en el panteón familiar; medida esta que, por un momento, le alegró, pues estaría sometido a los efluvios putrefactos de los cadáveres de sus próceres y el resto de la saga de los Rodríguez de Meya, que, aunque en tiempo tuvieron fama de afrancesados por el exceso de aseo, una vez muertos...

Después, no mucho después, pensó que era indiferente porque, puestos a morir, ¿qué podía importar el mal olor?.

Quizás no muriese.

Sí. Había de morir.

¿Quién podía excavar allí y exhumar su persona?. Por si fuera poco, él odiaba a quienes tienen el vicio (o la necesidad) de infamar la memoria de los muertos... ¡pero él no está muerto!.

Para ello, había establecido que el celador vigilase con especial atención su guarida eterna por unos pocos reales... Quizás fuese un golfo, gastase los dineros y olvidase el empleo...

Pero no. No podía ser. Aquel polaco adusto tenía que ser honrado; si no ¿en quién se podrá confiar en esta vida que Dios le dio?.

Un ruido. Claro. Si conseguía hacerse oír... pero ¿qué hora era?, ¿había alguien fuera?.

Era imposible que lo escucharan en cualquier caso. Dos metros son muchos metros. ¿A quién se le ocurriría la brillante idea de estar tan alejado de los vivos?.

A él.

Bueno, al menos no consiguió que su hermana se saliese con la suya y le incinerasen, así no habría sobrevivido. Esbozó una leve sonrisa triste y parpadeó pesadamente, sin fuerza, sin intencionalidad.

Un nuevo y más intenso y duradero dolor maltrataba su espalda hasta hacerle proferir una maldición que pareció retumbar mas se

quedó en un grito sordo casi inaudible y que, desde luego, nadie habría podido escuchar aun prestando atención.

La humedad calaba hondo en sus huesos y lo podía notar. Cómo se acordó de su abrigo con el que jamás pasó frío, pero tenía que llevar aquel estúpido frac, emperifollado como un pavo de navidad. La ropa toda estaba mojada y se adhería a su piel de forma incómoda.

Concluyó que esta sería su asesina; moriría congelado. No. Moriría antes, seguro, de hambre y sed, de pena... “qué estupidez, nadie se muere de pena”, recapacitó “el tiempo lo cura todo...”, repitió “el tiempo...”, dándose cuenta de que no lo tenía y soltó, neurótico, una carcajada bulliciosa.

Luego quedó en silencio, muy callado, pensando “de un paro cardíaco es morirse de pensa”.

Sí. Va a morir y lo sabe, no quiere aún creerlo, ni pensarlo, pero lo sabe.

Se autoconvenció de que vivir era lo importante, no debía obsesionarse, quizás...

“¡Eh!”; ha oído un ronroneo en la tierra, como si estuviesen cavando... ¡ah!, tal vez sus sueños, sus supuestos...

Intentó golpear las paredes pero no le respondían los miembros, pretendió gritar y le faltó el aliento. Lloró por depender, de nuevo, del azar (de dios) sin poder hacer nada por su

vida, ni más ni menos que por su vida, o su libertad, porque vivo, estaba vivo, pero libre... a lo mejor, también era libre, claro que ¿a lo mejor...?.

Pasado un tiempo incontable volvió el silencio sepulcral a imponer su autoritarismo a los muertos.

Imaginó, sin planteárselo con calma, que pudo haber sido un vecino que pudiera no estar muerto, cómo él; más le pareció una idea demasiado descabada y novelística para ser verdadera.

No. No podía ser. Sería un topo... ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes! Debía lograr salir por sus propios métodos... aunque con sus fuerzas... además, tenía estipulado que colocaran una lápida de mármol de Carrara, como era de esperar en una familia de su abolengo, que pesaría quintales. No habría logrado llegar.

Había de asumir su irrevocable estado social: estaba muerto; debía morir.

Si conseguía conciliar el sueño la muerte sería dulce y le lisonjearía cómo a un príncipe sus súbditos... no, más bien como un déspota a los suyos, con engaños y falacias para mantener bien muerto al muerto.

Fue imposible. El sueño y él eran irreconciliables y tuvo que esperar una muerte más angustiosa, lenta y real (no de la realeza, cómo es de buen entendedor el suponer).

La asfixia tardó en vencerle tanto como pudo retenerle el ánimo, pero el desaliento aumentaba, los autoconvencimientos se desvanecían en la cargada atmósfera cerrada, en la mente alterada del infeliz que hubo de morir dos veces (infeliz, él lo sabe mas no quiere creerlo, por vivir dos veces) sabiendo que Dios no existe.

Y llorando por Él, por un Dios inexistente que si hubiese creado este mundo se habría sacado con sus manos el corazón, sin poder ya respirar, expiró, dejando escapar fugaz su última lágrima; esperando el momento de que no llegue el tiempo de la resurrección de los muertos... Amén.

Estelas de lo vivido.

La noche oscura y lluviosa no dejaba ver ni aún estrellas tras los cristales empañados y, mientras, la carretera iba quedando atrás, olvidada y superada, rápida y continua como lengua infinita de serpiente hambrienta.

Dos horas desde el “adiós hogar” y una cassette que sucedió a otra sonaba tranquila e inconsciente en los altavoces y resonaba vibrante en el mundo, reino de los muertos.

Yo escrutaba en el insondable abismo de la noche principalmente la continuamente discontinua bifurcadora.

- Todo bien, ¿verdad?.

- Sí, todo bien.

Me dije y seguí.

Era la sosegada paz del reino de los muertos.

Siguiendo la estela a un camión tuve el pensamiento vagabundo de que otra oscura noche (¿por qué no aquella?) un inevitable adelantamiento segaría mi vida. Era trigo del reino, semilla de muerte y llegará un tiempo en que la cosecha halla de ser recolectada.

- ¿Por qué aquella noche? - ¿Qué diría la madura espiga teñida de oro?.

El tiempo pasa y el destino mueve sus hilos invisibles y yo realicé la maniobra.

Nada pasó. Sólo el tiempo. Y otro vehículo vino a interponerse en mi sendero. Y yo, confiado, ya repetía el proceso...

Mis ruedas notaron un bulto, mi coche lo franqueó zarandeado y mis ojos me gritaron pero... ¡No!, no era eso. No podía ser un cadáver. Sin embargo, sí, lo había visto; claro y distinto: no cabía confusión.

Mi veloz mente, mucho más que el coche, disparada recordó la forma impresa.

No parecía un cadáver. Además, cómo suponer que aquella masa ensangrentada debía ser humana y, por ende, sus ojos inyectados aún hablaban.

Sí, sin duda, había sido un ser humano; aunque la piel, especialmente en algunos

lugares de su delgado cuerpo huesudo y estirado, ya no le cubriese.

Era la imagen misma del holocausto, del exterminio.

Pedazos sanguinolentos de su carne descompuesta y verdosa esparcidos alrededor del despojado semiesqueleto con una cabeza carente ya de pelo, casi intacta, que parecía mirarme con aquellos suplicantes ojos saltones. El ruido sugirió a mi imaginación cómo su cráneo vencido estalló dejando escapar una informe mezcla roja, blanca y gris que corrió a unirse con la que le circundaba y de qué manera sus rodillas crepitantes se quebraron en mil astillas dispersas.

Debí parar. ¿Qué podía hacer?. No importa, el código dice...

El de atrás no paró.

Quizás todo ha sido una pesadilla. Sí, claro. Después de dos horas bajo la lluvia turbadora y en aquella oscura carretera...

Perfectamente podía haber imaginado todo; me sonreí orgulloso “¡Qué imaginación!”. Lo que era capaz de hacer a partir de un trozo de cartón. Sorprendente.

Al fin llegué a mi ansiado destino y me tranquilicé con un templado vaso de leche que me empujó a la cama.

Dos días después dos policías llegaron a mi puerta:

- ¿Es usted Fulano de Tal?

- Sí, lo soy. – Lo era, respondí.

- ¿Circulaba usted con su vehículo el día tal sobre las tal por la carretera tal?

- Pues... - vacilé – sí, ¿por qué?.

- Queda detenido en virtud del artículo ...

Ya no oía nada. Que tontería. Qué pesadilla tan extraña o qué broma tan pesada.

Es gracioso que, aún hoy (pasados siete años) cuando me despierto en esta habitación blanca de paredes acolchadas pienso...

¡Todo es un sueño!

Sí, pero una pesadilla.

Escritos de pluma y amor.

Una hoja vacía
es el silencio de un poeta.
Un canto a la muerte, de un poeta
es el silencio de la poesía.

Escritos de pluma y amor.

Miedo.

Triste muerte, muerte triste.
Soledad de morir solo,
solo y triste, muerte triste.

Frío helado de la noche eterna.
Eternidad de muerte congelada,
muerte oculta en el alma de un poeta,
eterna muerte la de, del poeta, el alma.

Pluma negra.

Pluma negra, negra pluma,
reencarnación del alma
de un poeta que murió
sin llegar nunca a la fama
del poeta que murió
por escribir con el alma.
Negra pluma, pluma negra.

De azabache.

La negritud de mi pluma
y la negritud de mis escritos
compiten por reflejar
la negritud de mi espíritu.

Apología.

Kristo murió por todos nosotros
para que nosotros siguiésemos su ejemplo:
Cristianos, dejad de luchar,
Él os acogerá como a alumnos
que habéis aprendido a morir.

Sin lágrimas.

Llorad por mí que lo necesito
pues mis lágrimas ya empiezan a faltar
y mis ojos se secan
y mis labios se van cerrando
y mi alma se sellará
porque no quiere volver a llorar.
Y mi mente volverá a las tinieblas
de la duda y el agnosticismo
para no volver a errar
y mi corazón... no querrá amar.

Fracaso.

No, esto no es un fracaso más,
es, hasta ahora, el mayor fracaso.
No, aún no soy del todo infeliz,
por desgracia, aún puedo empeorar.

De tinta.

Qué oscura la tinta saltarina,
serpenteantes las palabras
me escupen a la cara,
se vuelve contra mí mi pluma
y fustiga mi templanza
con latidos de su oscuro corazón...
Llena mi mente de dudas
y mis labios de preguntas
que acabo haciéndome solo,
como siempre, triste y solo.

Armas.

Danzarina, la pluma se desplaza
arma por excelencia del poeta
clásico instrumento de la escritura
inspirada por ninfas y bellezas.
Tormento de tiranos dictadores
que no pueden, jamás, dictarle a ella.

Objeción.

Se desatan tormentas y banderas
llueven las alabanzas a la patria.
Se cantan himnos en las callejuelas,
se arranca por completo la esperanza
de poder escapar de esta otra guerra
y reparten fusiles a las masas
y se enseña a odiar a quien se aprecia.

Sueños.

Tanto tiempo hace que no sueño
que se me ha olvidado soñar
y ahora no sé si lo que sueño
es o no la realidad.

Simas abiertas.

Navega con el alma
sobre las aguas tranquilas de ese pozo.
Ilumina con tu corazón esas tinieblas
y vislumbra con tu mente aquel oscuro
abismo...

Pero no te sumerjas
porque esa agua no es agua,
porque ese pozo no es un pozo,
porque ese abismo... es la muerte.

Autorretrato.

Pequeño ser, amo de las tinieblas,
existente existencia desvalida,
malestar del Creador de las estrellas,
espera de la muerte de esta vida,
pequeño ser inmundo de esta tierra.

Círculos viciados.

Veo al final de la calle una tumba
y sé que es mía
mas no me preocupa llegar,
sólo me inquieta el pensar
que pueda ser una trampa,
que sea una alcantarilla
y que cayendo por ella
tenga que seguir andando
por otra calle oscura,
hacia otra tumba
que pueda ser otra trampa.

No me hagáis esto,
no me crucifiquéis
después de muerto.

Preguntas tontas. Tantas preguntas...

¿Por qué os asustáis de pequeñas mentiras?

¿Por qué teméis morir sin conocer
el principio y el fin de vuestra vida?

¿Por qué no os alegráis de no conocer
la Verdad

si no la conocéis ni sabéis de su maldad?

¿Por qué queréis entender lo incomprensible?

¿Por qué queréis ser lo que os dejen ser
y no queréis ser lo imposible?

¿Por qué somos tan complejos y tan simples?
y ¿por qué te quiero tanto y no lo entiendo?.

Sainete.

Se fue cerrando la vida
se fue cerrando la muerte,
al tiempo cerraba el día
y se acababa el sainete.

En el umbral de mi puerta
huele ya a ciprés
y aún Ella, la postrera,
no me vino a ver.

Temor y Temblor.

Temor y temblor causa en mi mente
el ligero pensamiento de perderte.
Mas tú no has de temer;
tarde o temprano, llegará
mi muerte.

Ayuda desatendida.

Noche, imperio del olvido,
a ti dirijo mis súplicas
a ti pido consejo, y consuelo
y a tu aliado, mi muerte.

Alcantarillas.

Escapar no puedo de esta vida circular.
Volveré a morir,
como cada día,
cayendo y siendo en este mundo mundano
para sufrir los mismos sentimientos,
como cada día
para pensar los mismos pensamientos.
Morir, al fin y a al cabo, la misma muerte.

Contradicciones.

Nada es lo que más me asusta
y perderte también:
o la nada no es, en cuyo caso sería
o perderte y la nada son la misma cosa.

No puedo escribir nada
que no hable de muerte.
No puedo escribir nada
que no hable de mí.
Nada que no hable
de ti, y de mí.

Miedos.

Sudando, el alma
y el corazón, llorando.
Mis manos temblorosas
apenas pueden escribir.
Mis ojos, quietos, extasiados,
en el horizonte, en una infinitud
que no alcanzan a entender.
Mis labios te buscan en las sombras (...)
pero no te encuentran
porque no estás allí
o tienes que estar muerta.

Palabras.

Yo. Desconsolado y triste
solitario y abatido,
dando ahora por vivido
lo que, cuando tú te fuiste,
dejamos, como dijiste,
aparcado en el olvido
y pensando que había sido
un amor que ahora no existe
o que no debe existir,
que a estos efectos da igual
no poder, sin ti, vivir
que no poder ni morir
y seguir viviendo mal:
desconsolado. Y triste.

Golpes de realidad.

Malos días los de las noches largas
y malas noches si no hay luna
que ilumine el sendero de los corazones.
Y tristes los corazones que no pueden verla
pero sueñan con ella:
con la noche eterna.

Realidad a golpes.

Un cristal vítreo es lo menos parecido a la existencia.

En primer lugar porque ya nace hecho y es constantemente.

Es extenso, superficial y, ante todo, más o menos transparente.

Un día, de golpe, se rompe
y, la mayor de las diferencias,
allí quedan los cristalitos,
extensos, superficiales y, ante todo, más o menos transparentes.

Nada somos antes de ser,
¿Por qué hemos de pensar que algo seremos
al morir?

Zapatones.

Bombardeaba el suelo con mis grandes y
pesados zapatones;
el sonido oprimía el pecho desde dentro.
No. No era el ruido.
El exterior no importaba.
Estaba en mí: algo en mi mente, que lo es todo.
Oigo canciones alegres, *y lloro*.
Hablo entre sollozos, solo.
Ella es mi principio, o es mi fin.
Pienso en ello, *y lloro*.
El amor es intuitivo, espontáneo, impensable,
absurdo, sin sentido.
Y yo estoy enamorado.
Pienso en ella, *y lloro*.
Tengo frío pero estoy sudando.
Me tiemblan las piernas y las manos.
Se me cae la cabeza, las paredes se mueven,
la incertidumbre me absorbe, *y lloro*.

Inciertos.

Contraadicciones.

En un rincón me observo:
escucho de las estrellas el brillo
miro el silencio,
hablo al espacio, infinito y vacío.
Noto alrededor de mí la nada y eso hago;
soy nada, haciendo nada y a la nada
esperando.

Lluvia de desesperanza.

Cuando la gente como tú
me mira a la cara
siento mi infinita pequeñez,
siento que no soy nada.

Cuando un día pasa a tu lado
deja junto a ti toda su belleza.
¿Cómo serás mañana,
si hoy, ya, eres perfecta?.

Bajo la luz de la razón.

Qué penoso es saber que el corazón
no es más que sangre
y que la sangre no siente.
Confundir a Dios con la comida
y mi alma con mi mente.
Creer que no existe el Bien,
ni el Amor en los ojos de mi amada,
confundir la libertad con un sistema
y la vida con la nada
y la razón y una cadena.
Pensar que en la muerte se acaba *lo bueno, lo malo,*
lo que no lo es... Todo.
Suponer que la Maldad es como el líquido
en una sopa de asilo.
Que el cielo no es más que eso,
que la noche es como el día pero sin luz...

Creer que *todo* puede ser verdad
y no creerlo.

Líneas sin sentido.

Líneas sin sentido, vida mía,
vida sin sentido, vida mía
y una muerte tan lejana
y un camino de agonía
tan carente de esperanza
ven a recogerme el martes
cuando no quede ya nada
ni un mal resto del hastío
que me llena el alma.

Líneas sin sentido, vida mía,
sueño de esperanza en una muerte
que termine una ruta mal tomada,
que libere un alma insosegada.

Líneas sin sentido, vida mía,
ya te digo, Antonio, bla, bla, bla,
es como los niños, ná de ná...

Vida sin sentido, vida mía.

... y no cabe más.

Cortos.

Hablando claro.

hola

corto

no?

sí

fin?

sí

adiós

te quiero.

Una hoja tan vacía como aquella
conseguía que no pudiese pensar
más que en ti.

Me engañan las sombras y los sueños
mas, a pesar de ello, los quiero.

Siempre pensé que la eternidad sería algo así:
estar un instante sin tu presencia.

Si todo se repite,
poco a poco, sabré llorar.

¡Qué blancas las paredes!
Y que triste está mi alma.

¡Qué difícil le es llegar
a quién no sabe volar
por encima de sus alas!

Mi mirada sangrienta
y sangrante
indaga en las sombras
teñidas de sangre.

No se sabe que es mayor
si la soledad de la soltería
o la soltería de la Soledad.

Pensadlo, ser bufón es menos triste que no
serlo.
Al menos, él, no tiene que elegir.

Para Ser.

Cuida de no caer:
El vértigo es tu única salvación.

Fin.

Madrid, 12 de Enero de 1999.

Después de tanto tiempo...

